

TURRENT

♦♦ Japón ofrece una atalaya distante desde la cual puede apreciarse mejor la situación del país.

El poder de la inercia

ISABEL TURRENT

Una empresa ineficiente y quebrada cuyas pérdidas pagábamos los contribuyentes; un sindicato corrupto sostenido por una numerosa planta de empleados que gozaban de prerrogativas y privilegios que la mayoría de los trabajadores mexicanos ni sueñan; líderes sindicales que habían amasado fortunas y que practicaban una lealtad política cambiante diseñada para favorecer al mejor postor. Acuerdos económicos y políticos tras bambalinas –o en pleno escenario–, fraudes en las elecciones internas del sindicato, venta de plazas. Luz y Fuerza del Centro era un microcosmos de todos los males que aquejan al corporativismo que se enquistó durante 70 años de priismo, creció junto con el PRD –donde el partido ha podido establecer alianzas con los quistes corporativistas–, y mantuvo sus privilegios por nueve años de gobierno panista. LyFC y su sindicato son apenas la punta del iceberg que conforman empresas estatales de la importancia de Pemex –donde el sindicato y sus aliados reinan supremos sobre la decadencia de nuestra industria energética– o el sindicato de maestros, que ha deprimido la educación en todo el país.

No hay que buscar mucho para encontrar los intereses que defienden Martín Esparza y sus allegados: sus intereses personales. Los electricistas que los apoyan practican un sindicalismo suicida que exprime a la empresa de donde viven con la esperanza de que agonice lentamente y el diluvio le toque a la siguiente generación. Y López Obrador defiende uno de sus cada vez más reducidos enclaves de apoyo político y económico. El enigma es qué apoya el resto: las decenas de miles de simpatizantes que llenaron el Zócalo en la manifestación del 15 de octubre.

Los nueve, entre otras cosas, el poder de la inercia. La fuerza irracional del *statu quo* que, como otras mecánicas sociales, se ve a veces mejor desde una atalaya distante pero paralela, como la que nos regala –toda abismal proporción guardada– Japón.

A diferencia de México, Japón es todavía un país riquísimo, con un pujante sector exportador y un nivel de vida envidiable. Enfrenta, por lo demás, una gama de problemas diferentes a los nuestros: una deuda pública que ha crecido, junto con los paquetes de estímulos gubernamentales –construcción de

carreteras, puentes, presas y diques innecesarios–, hasta abarcar el 187 por ciento de una economía que vale 5 trillones (anglosajones) de dólares; una moneda que se ha apreciado y ha contribuido a la baja de las exportaciones; un crecimiento económico débil y una población crecientemente gris cuyo cuidado multiplicará el gasto público.

Sin embargo, la crisis financiera ha golpeado a Japón tanto como a México y ambos países se han quedado sin alternativas viables de política económica para recuperar el crecimiento. Allí y acá, el vacío de opciones es, además, resultado de un sistema político que carga aún con los lastres de décadas de autoritarismo (el PLD –Partido Liberal Democrático– que gobernó Japón desde mediados de los cincuenta hasta 2009, es hermano gemelo del PRI), de modos de hacer política sin rendición de cuentas y a espaldas de la ciudadanía, sus demandas y sus intereses.

Sistemas de gobierno que responden a alianzas y corruptelas entre políticos, burócratas, cabildos, grupos de interés y grandes empresarios que no están dispuestos a que el pastel se reparta de manera más justa y eficiente. Si en México los grandes sin-

dicatos y las paraestatales son intocables en función de valores inasibles como la tan llevada y traída “soberanía”; en Japón, el poder de la inercia ha obstaculizado, por ejemplo, reducir o canalizar a otros sectores el abultado presupuesto de la industria de la construcción, que es la más grande del mundo. Burócratas –y ex burócratas que aterrizan en las empresas que reciben los contratos–, políticos que ganan votos promoviendo la construcción de puentes que no comunican a nadie con nada, y empresarios de la industria de la construcción, se niegan a reformar su funcionamiento. Ideologías e intereses creados han dado por resultado, en Japón, una modernización que toca solamente a los sectores de punta y en México, a un notable rezago, no sólo en comparación con el primer mundo sino frente a las llamadas potencias emergentes.



Fecha 25.10.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

Los dos países confrontan, por lo demás, los mismos costos colaterales. Entre ellos, un medio ambiente devastado, un creciente malestar cultural y la amenaza de la irrelevancia en el ámbito internacional. Para calibrar la magnitud de los cambios y reformas que necesitan aplicar, a los japoneses les basta con voltear los ojos a China: nada más en el último trimestre, la economía china creció en 8.9 por ciento. A nosotros, con mirar a Chile y, en menor medida, al Brasil.

El Partido Democrático que ganó las recientes elecciones en Japón catalizó el descontento de los votantes con la promesa de desmontar el régimen burocrático que dejó de ser funcional hace décadas. Necesitará astucia y voluntad política para lograrlo. Ambas serán indispensables también en México para acabar con los enclaves de poder que son un obstáculo a la modernización.